

Ágata



CLAUDIA HERNÁNDEZ DE VALLE ARIZPE

I

No respondes. ¿Se usa para pulir el oro? Exégesis
y en el cesto entre cientos, 300 ojos de ágatas.

Una órbita más de alabastro
y luego esa línea que semeja un río caudal de lodo
pero sin la voz del agua.

Mudez. Pedazo. El todavía en bruto que no la hace pieza:
ni guerrero, ni jaguar, ni mujer encinta. Ni orejera ni pendientes.
Una anciana geometría que se extiende, tras su corazón de hielo,
en círculos concéntricos de un otoño que se fuga.

Materia.

Una piedra que corte el encantamiento de las plegarias.

Pozo de piedra.

También materia.

Agua que perfora el pozo repleto.

Sin boca, sin labios, sin corazón, sin metáforas.

Piedra sin agua, el ágata descende,
abre su ojo.

Reposa.

No responde.

II

Si es blanca se pule distinta no por lunar no por redonda, acaso por sumisión a un color si es blanca el ágata remite a lo muy sabido: ángeles batiendo la luz del día, aquello de la espuma o la castidad de la doncella en el albo olor de los jazmines. Y no por escasa... a la verdad, la luz nos sobra menos que los dientes, las perlas, la nieve: el intocable absurdo de las metáforas. Líbrenos algo de las visiones que dejan los sueños: el descanso eterno, la recompensa justa. Que sea la maravilla de no someterse a nada. Que no dicten sentencia los pájaros. Sumisión al blanco: un cansancio más: un riesgo: la piedra no por extraña sino por ágata y por incombustible, que arda en nuestras manos, que cierre nuestros ojos.

III

El sable de su hechura ilumina los ecos del cuarzo en la mano abierta. Dar con ella, trasnocharse mirándola; ser testigo de una imagen que se le desprende: árboles pesados de frutas; una pradera. Quien vea hacia adentro del ágata sabrá que hay que convertirla en polvo. El campesino se llena las manos con su brillo, me explico: no reza ni canta mientras lo tira sobre los cuernos del animal para fecundar la siembra. Y alguno: *fue por las lluvias* o en la simpleza: *no hay más razón que el mes del año* y todo incrédulo dirá que es duro deshacer la piedra y *para nada...* Lo que reveló el silicio es por carencia: quiere el agua y el fuego del ópalo. Quería abundancia.